

# **EN BUSCA DEL ROSTRO PERDIDO**

**A U T O R :**

**GUILLERMO DEGIOVANANGELO**

## EN BUSCA DEL ROSTRO PERDIDO

DOS PERSONAJES:

ACTOR

DRAMATURGO

*(En el escenario una mesa cuadrada con un montón de papeles y una silla. El Actor llega, se sienta y comienza un monólogo como si estuviera escribiendo. Mira al público de vez en cuando):*

ACTOR: Ahora, que he logrado despejar de mi camino las espesas nubes que me estorbaban; ahora, que el vino comienza a incendiar mis ideas, y la luna, siempre igual y siempre distinta, se pasea por mi barrio husmeando entre los cañaverales y los ranchos; ahora, que los ojos de Isidoro me alientan a empuñar la pluma, no pondré más excusas y encaminaré estas líneas (esperando que algún lector sepa valorar mi noble confesión) a contar cómo es que yo, humilde habitante de los charcos, sin título académico, ni egresado de ningún prestigioso instituto de investigaciones humanas, sin más herramienta que esta pluma y esta botella semivacía... y con un frío que paraliza mis dedos, poseo ante mí, el único retrato auténtico de Isidoro.

*(Hace una pausa, mira al público, duda y continúa):*

ACTOR: Espero que la buena voluntad sea una de las cualidades de quien haga rodar sus ojos por estas páginas, pues no será tarea fácil sortear las imperfecciones de mi escritura. El lector comprenderá que mis dedos no respondan con la agilidad necesaria a la velocidad de mis ideas y por lo tanto pueda ver alterarse, renglón a renglón, lo esencial de mi pensamiento: además, los bruscos saltos de mi imaginación podrían desviarlos de la ilación necesaria para la total comprensión de lo que pretendo narrar. Pero no importa, hostigaré a mis dedos con maldiciones, con agradables adjetivos, con escupitajos viscosos y violáceos por el vino, si fuera necesario... y ya verán, amigos míos, el resultado de mi proceder.

*(Se pone de pie, da vueltas alrededor de la mesa con signos de inquietud y tomándose la cabeza expresa):*

ACTOR: ¡No!; nunca podré aprender este maldito monólogo. ¿Qué se piensa don Dramaturgo?  
¿Cree que algún ser es capaz de memorizar toda esta diarrea intelectual?

*(Continúa dando vueltas a la mesa y se parodia a sí mismo recitando algunas partes del monólogo. Vuelve a sentarse, toma los papeles que son muchos y los golpea contra la mesa en un signo de disgusto. Buscando entre las hojas deja una página frente a sí y continúa con exagerada elocuencia mirando al público):*

ACTOR: Pero ocurre un problema: si miro en dirección a la parte inferior de la puerta de mi choza, puedo verla (aunque borrosa por la oscuridad apenas alterada por una pequeña vela), algo deformada por la acción que ocasiona el vidrio verdoso moldeado de forma cilíndrica que se encuentra a mitad de camino entre mis ojos y el objeto por mí observado (o sea: la puerta). Esto se debe a que ese recipiente de vidrio no contiene ya el encarnado líquido que hasta ahora era la causa de mi bienestar espiritual. No es que me importe demasiado cómo se vea la parte inferior de la puerta de mi chabola, lo que me preocupa es que no hay más vino y por eso veo la parte inferior de la puerta a través de la botella vacía. ¿Comprendido?

*(Se toma la cabeza con ambas manos y la mueve en señal de desaprobación. Luego continúa leyendo con el papel en la mano, mirando hacia un costado a un punto bajo):*

ACTOR: Vamos, Sigfrido: no te quedes ahí mirándome con esa cara de perro; ¡haz algo!, ¿no ves que la pluma se cae de mis dedos y que las ideas, fluyendo alocadamente del interior de mi calavera, se desparraman por la pieza sin que pueda reunir las, ordenadas de manera discursiva, en estos papeles? Ve a buscar otra botella de vino, por favor, y si encuentras la cantina cerrada ya sabes lo que tienes que hacer: la ventana del costado, casi podrida, cede con facilidad; solo debes estar seguro de que el cantinero no se encuentre aún allí adentro, pero si está borracho, como muchas veces ocurre, no te preocupes demasiado, entra igual; mañana no recordará nada. ¡Perro imbécil!, ¡haz algo! ¡Maldito el día que te encontré casi ahogado en la cañada y, haciendo uso de mis piadosas fuerzas, logré salvarte a tiempo, antes de que el cardumen de sanguijuelas hubiera llegado a ti como un rojo vómito tuberculoso!

*(Se levanta, da vueltas a la mesa; vuelve a sentarse y mirando hacia el mismo punto continúa):*

ACTOR: Muy bien, puedes quedarte echado al calor del zapato quemado, mientras yo, pisando con un pie descalzo el crujiente pasto congelado, rondaré la noche en procura de la alcohólica bebida que se obtiene por fermentación del zumo de la uva.

*(El Actor mira hacia un costado; aparece caminando parsimonioso el Dramaturgo trayendo bajo el brazo un grueso fajo de papeles y un espejo. Arroja los papeles sobre la mesa mirando con una sonrisa de satisfacción al actor, este se levanta sobresaltado de la silla y se coloca en el costado opuesto al dramaturgo).*

DRAMATURGO *(Toma la silla, la coloca en el costado de la mesa opuesto a donde se encuentra parado el actor y sentándose de manera majestuosa expresa)*: Muy bien, estimado Actor, ya puede usted terminar de leer mi obra. He finiquitado.

*(El actor observa sorprendido la cantidad de hojas y luego mira al dramaturgo con una interrogante).*

DRAMATURGO: He finiquitado mi “gran” obra *(vuelve a decir con orgullo)*.

ACTOR: Discúlpeme, don Dramaturgo: ¿pretende usted que yo memorice todo este monólogo?...

DRAMATURGO: ...Para la semana que viene.

ACTOR *(Sorprendido)*: ¡¿Para la semana que viene?!!!

DRAMATURGO *(Con suficiencia)*: Eso es; para la entrante semana.

ACTOR: ¿Todo esto?

DRAMATURGO: Claro; todo eso... y lo que supongo ya debe de haber memorizado, ¿no?

*(Pausa)*

ACTOR: Ehhh... Sí... Sí, por supuesto... lo que ya memoricé *(con inseguridad)*.

DRAMATURGO: Bien, estimado Actor; lo escucho. Comience. *(Se levanta y camina dándole la espalda al actor).*

*(El Actor lo mira con cara de ridículo terror, al igual que al público, haciendo ademanes por detrás del dramaturgo. Toma la silla y la coloca de frente al público, en su lugar original).*

DRAMATURGO: ¡Lo escucho... Comience!!! *(Sigue de espaldas al Actor).*

ACTOR: *(Sentándose con lentitud y con un gesto de espanto):* Ehhh... Don Dramaturgo...: ¿Sería usted capaz de explicarme... esta obra? *(dice estas últimas palabras señalando el montón de papeles como a algo extraño).*

DRAMATURGO *(Girando sobre sí; mira al Actor con complacencia):* Supongo que lo que memorizó hasta ahora lo habrá entendido. ¿No es así?

ACTOR *(Con exagerado fingimiento):* Com-ple-ta-men-te...

DRAMATURGO: Mi “gran obra” es la investigación y el hallazgo. Este drama es para dar a conocer el resultado de mi investigación.

ACTOR: Sí; sí... ya lo había observado... *(Continúa con exagerado fingimiento):* Pero... hay algunas cositas (cosillas, nada más) que no he comprendido cabalmente.

DRAMATURGO *(Apoyándose en la mesa y mirando fijo al actor):* ¡¿Qué no ha comprendido?!

*(El Actor se levanta asustado y va a “su” costado de la mesa, mientras muy seguro el Dramaturgo toma la silla y la coloca en “su” costado sentándose).*

DRAMATURGO *(Casi gritando):* ¡¿Qué no ha comprendido?!

ACTOR *(Inseguro):* No... No; este..., no, nada... N...

DRAMATURGO: ¡¿Nada?!

ACTOR (*Inseguro y temeroso de ser reprendido*): No, no; no es nada... Este... quiero decir...

DRAMATURGO: ¡¿Nada?!

ACTOR (*Con firmeza, como confesándose*): Sí; sí... Nada.

DRAMATURGO: ¡¿Nada?!

ACTOR (*Arrepentido*): ¡Nada de nada!

DRAMATURGO (*Golpeando con ambas manos sobre la mesa y parándose*): ¡Ya lo suponía yo!  
¡Contraté al actor más imbécil!

ACTOR (*Diciendo para sí mientras se toca con un dedo la sien*): Imbécil. Imbécil. Imbécil.

(*Pausa*).

DRAMATURGO: ¿Conoce a Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont?

ACTOR: ...Un poco... Sí...; de vista (*Palabras pronunciadas con timidez y temor*).

DRAMATURGO: Murió en París en 1870. (*Elevando la voz*): ¿Conoce al Conde de Lautréamont?  
¿Sí o no?

ACTOR (*Con asombrosa firmeza, nunca antes demostrada*): Escuché algunas de sus sinfonías. Sí, lo conozco.

DRAMATURGO: Era un escritor...

ACTOR: Leí, leí, quise decir, algunas de sus... “sinfónicas” poesías.

(*Pausa*).

DRAMATURGO (*Observándolo con total desconfianza*): Nació en la ciudad sitiada de Montevideo en 1846 de padres franceses; a los trece años viajó a Francia a estudiar. Algunos viajes más hizo a su natal Montevideo. Murió en extrañas circunstancias en la ciudad sitiada de París al final de la guerra Franco-Prusiana. Veinticuatro años tenía.

ACTOR: ¡Caramba!... Tan joven... No somos nada...

DRAMATURGO: Un año antes de su muerte, en 1869, había aparecido en París la versión completa de los “Cantos de Maldoror”, firmado con el seudónimo “Conde de Lautréamont”. ¿Conoce los “Cantos de Maldoror”?

ACTOR: Definitivamente... NO.

DRAMATURGO: Un año después aparecieron sus “Poesías” donde había dicho: “No dejaré memorias”. Y no dejó rastros ni rostro.

ACTOR: No, claro. No dejó rostro... Se lo llevó.

DRAMATURGO: ¿A dónde?

ACTOR: A la tumba.

DRAMATURGO: No tiene tumba. No se sabe dónde están enterrados sus huesos. Terminaron en una fosa común.

ACTOR: ¡Qué salado! Es como tirar las cenizas... ¡Fiú! Y no queda nada más.

(Pausa).

DRAMATURGO (*Observándolo con desconfianza*): ¿Cuál sería el verdadero rostro de Isidoro? Casi nada se sabe de él; pero mucho se ha inventado. Una vez leí una historia acerca de gentes, muchas gentes, que anduvieron años y años detrás de un rostro para Isidoro.

ACTOR: Si ya estaba muerto, ¿para qué querían ponerle un rostro?

DRAMATURGO: Desde épocas inmemoriales los hombres han creado imágenes para venerar; no han sabido rezar a la vida, a la naturaleza; tienen que tener una imagen (aunque la llamen divina) humana. Es así que cuando se quiere venerar a alguien que no se lo conoció o se ignora su fisonomía, se le inventa un rostro.

ACTOR: Un rostro...

*(El actor que estaba sentado se levanta despacio y le acomoda la silla en el costado del dramaturgo. Este continúa con su parlamento, mirando con desconfianza al actor y hablando con convicción):*

DRAMATURGO: El desdentado y narigudo perfil del viejo Artigas ha sido reconstruido, rejuveneciéndolo, para poder colocarle el uniforme de general y así venerarlo como figura más poderosa que aquel anciano un tanto chocho, que apenas podía sentarse bajo un ibirapitá a la espera de Átropos.

ACTOR: Átropos...

DRAMATURGO: No se venera la obra de un creador; se venera su figura, que en la mayoría de los casos, si la personalidad no es un invento total, es un desastre que más vale ocultar... Por eso la humanidad necesita el rostro del “héroe”.

ACTOR: Héroe...

DRAMATURGO: Eso es lo que se propone la raza humana: venerar la imagen para dejar de lado la obra; lo han hecho con Artigas, con el Che, con Cristo y lo quieren hacer también con Isidoro... Todo está instrumentado para ocultar “La Obra”. ¡Y a Cristo le cambiaron el rostro! Sabemos que era morocho, de facciones negroides, gruesos labios, cabello crespo y oscuro. Pero para atraer adeptos a su No-Obra había que modificar la imagen del rostro. Occidentalizarla.

ACTOR: Occidentaliz...

DRAMATURGO: ¿Me comprende? ¿No?

ACTOR: Definitivamente... NO.

DRAMATURGO: No se sabe cómo era Lautréamont y han querido “inventarle” un rostro.

ACTOR: Para venerarlo...

DRAMATURGO: Es así como muchos dibujantes, pintores, artistas en general, desde fines del siglo diecinueve hasta ahora han intentado bosquejarlo.

ACTOR *(Abriendo los ojos y haciendo un gesto de asombro y burla)*: ¿De dónde... lo quieren bosquejar?

DRAMATURGO: A través de la imaginación.

ACTOR: ¡Ah...! Me quedo más tranquilo. *(Vuelve a hacer gestos y dice para sí)*: No; no tan tranquilo.

DRAMATURGO: Hasta el catalán Salvador Dalí pintó en 1937 un rostro de Lautréamont. Lo llamó “retrato imaginario del poeta a los 19 años”, realizado mediante el método “paranoico-crítico”. ¿Se da usted cuenta?

ACTOR: ¡Qué método más extraño!... *(Y con firmeza)*: ¡Inverosímil... Paranoicamente inverosímil!!!

DRAMATURGO: Y el colmo fue en 1977 cuando un investigador francés, Jacques Lefrère, dijo haber encontrado una fotografía de Isidoro en un álbum familiar de los Dazet, gente amiga de los Ducasse en Francia.

ACTOR: ¿Ah, sí? ¡Qué interesante!

DRAMATURGO: El asunto es que una hija de Georges Dazet, amigo de Isidoro de la época en la

que eran estudiantes, nombró a cada uno de los retratados que integraban ese álbum, menos a dos: uno viejo y otro joven; de ahí que “supone” (*hace con los dedos las comillas*) Lefrère que uno es François Ducasse y el otro es su hijo Isidoro.

ACTOR: ¡Inverosímil... Genéticamente inverosímil!!!

DRAMATURGO: ¿Se da usted cuenta, verdad?

ACTOR: ¡Pobre muchacho!; no dejó rastros ni rostro... ¡Pobre muchacho!; condenado a vivir sin cara (*duda*)... a morir sin cara...

(*Entretanto se han parado y sentado varias veces de la manera antes explicada*).

DRAMATURGO: ¿Qué me dice, estimado Actor?

ACTOR: En verdad, don Dramaturgo: eso sí es estar bien muerto... ¡que no tenga una cara para ser recordado!!! (*Pausa*). ¿De eso trata la obra?

DRAMATURGO: No. Trata de cómo logré yo, humilde habitante de los charcos, provisto de: una pluma más tinta china más cartulina más mucho vino, llegar al auténtico rostro de Isidoro. (*A medida que dice este parlamento el Actor va enumerando con los dedos los elementos*).

ACTOR (*Por lo bajo*): ¡Inverosímil... Matemáticamente inverosímil!!! (*Luego, hablando con total seguridad*): Y supongo que habrá utilizado algún “método” para sus investigaciones.

DRAMATURGO: Debí elegir qué método utilizar para llegar, por medio de mi imaginación y conocimientos, al dibujo deseado. Después de desechar la hipótesis que pretende explicar todos los fenómenos, cósmicos, físicos y mentales, por transformaciones sucesivas de una sola realidad primera, sometida a perpetuo movimiento intrínseco, en cuya virtud pasa de lo simple y homogéneo a lo compuesto y heterogéneo, decidí que mi método sería el No-Método, o mejor aún, el método intuitivo.

ACTOR (*Por lo bajo, para sí*): ¡Inverosímil... Empíricamente inverosímil!!! (*Pausa*): ¿Y luego?

DRAMATURGO: Luego... ¡a comenzar!!! Pero, ¿por dónde comenzar? Debía dar inicio a mis esbozos en un lugar que estuviera recargado de emanaciones espirituales. Después de concentrar todos mis esfuerzos mentales en encontrar ese punto, saltó, como salta el barro presionado por el casco de un brioso corcel al pisar un charco, el nombre de: Santa Lucía. Sí, la ciudad de Santa Lucía sería el lugar de partida de mi investigación. Varias razones llevaron a esta determinación.

ACTOR: *(Con aire de suficiencia)*: Es de suponer que existan varias y serias razones.

DRAMATURGO: El poeta Álvaro Armando Vasseur, también hijo de franceses, vivió su infancia y adolescencia en Santa Lucía; él tuvo un retrato auténtico de Isidoro Ducasse, Conde de Lautréamont: un daguerrotipo que luego se perdió pero que algún “pastor” muchos años después intentó dibujarlo recordándolo. El padre de Vasseur era muy amigo del padre de Isidoro. Además, es muy probable que Isidoro pasara alguna temporada en Santa Lucía junto a su padre, escapando a las pestes y fiebres que asolaban cada tanto Montevideo.

ACTOR *(Con aire suficiente)*: Sí... Es probable... Verosímil, realmente verosímil.

DRAMATURGO: Otras de las razones por las cuales saltó la elección de Santa Lucía para dar comienzo a esta fantástica y tal vez funambulesca búsqueda del rostro perdido, fue mi genial abstracción filosófica: para llegar al “hombre-mar” (Isidoro), hay que hacerlo a través del “río-conocimiento” (el Santa Lucía).

ACTOR: Completamente de acuerdo, don Dramaturgo. Muy sabia su abstracción.

DRAMATURGO: Y por si todas estas razones fueran pocas, debo decir que para mí fue de vital importancia el hecho de que en Santa Lucía viviera un dibujante al cual he considerado como alma gemela a la mía: Max... ¡mi gran amigo Max!

ACTOR: Sí... ¡qué gran amigo Max! ¿Y a él recurrió para que lo ayudara a dibujar el rostro de Isidoro?

DRAMATURGO: Fue con Max que logramos llegar al verdadero rostro de Isidoro...

ACTOR: Estoy ansioso por conocer la historia... *(Mira el montón de papeles con temor y lo aparta mientras continúa en tono adúlton hacia el Dramaturgo):* ¿Y cómo fue que conoció a Max... al gran amigo Max?

*(El Dramaturgo piensa, recuerda y va relatando con cuidado):*

DRAMATURGO: Vagaba por la ciudad de Santa Lucía en una fría noche de julio; la luna llena creaba espectros lumínicos con la niebla que iba y venía por las calles; el río olía a húmedas sombras nocturnas; las casas viejas (¡cuántas casas viejas!) parecían más viejas bañadas por esa niebla donde la luna reflejaba su luz aguachenta. En una casa semiderruida, iluminada una habitación por una simple lamparilla de transparente luz, se encontraba Max, dibujando en mi mismo estilo, figuras espantadas de las pesadillas.

ACTOR: Ajá...

DRAMATURGO: Max hacía surgir de su pluma macabras danzas al calor de un pobre Primus fatigado, ruidoso y porfiado. “Es un alma gemela a la mía”, pensé para mí, mientras trataba de divisar en la penumbra el tendedero de dibujos de todos los tamaños que colgaban en la pieza, como quien pusiera a secar paños y más paños... como una nocturna lavandera. El soplido del raquíico fuego verde-azulado del Primus los hacía balancear en la crujiente pieza de piso de madera carcomida y parecía que tomaran vida... si vida podría llamársele a lo que representaban las terroríficas escenas. Asombrado penetré en la pieza teniendo sumo cuidado en no tropezar con esa escandalosa cocinilla, ni con el tintero, ni con el “vaso”, ni con la damajuana. Max adivinó más que vio mi cara de fascinación y me invitó a observar sus dibujos.

ACTOR: Ajá...

DRAMATURGO: Sentados luego en sendos cajones que todavía conservaban el aroma de alguna vendimia pasada, ese fuerte olor de bodega subterránea, y con dos tarros a modo de vasos (uno que fue en otro tiempo de arvejas al natural y el que sostenía Max en cuya etiqueta podía distinguirse aún que había sido de choclo en grano), nos dedicamos a filosofar por el resto de la noche unidos por el vino.

ACTOR: ¿De todo esto trata la obra?

DRAMATURGO: No.

*(El Actor se deja caer en la silla abatido y desilusionado).*

ACTOR: ¿Y cuándo va a explicarme de qué se trata?

DRAMATURGO *(Volviendo a expresarse con seguridad y firmeza)*: Bien... Comenzaré por el principio. En una tosca mesa hecha con palos retorcidos junto al río Santa Lucía, estábamos sentados Max y yo, dos fenomenales tomadores de vino, empeñados en nuestra heroica tarea: no dejar ni un vaso lleno... pero tampoco dejarlo vacío. Cansado de ir y venir desde la cantina a la mesa y de la mesa a la cantina a escanciarnos el violáceo líquido, el cantinero optó por dejarnos una damajuana llena hasta el gollete. Allí, entre vasos y más vasos (esta vez no eran tarros de arvejas ni choclos) le comenté a Max de nuestra altruista misión: que toda la cultura de la humanidad dependía de nosotros.

ACTOR: ¿Toda la cultura de la humanidad?...

DRAMATURGO: Sí, nosotros, en efecto, debíamos reinventar la historia. Le conté lo del No-Rostro de Isidoro y de mis métodos ideados para llegar a él. De inmediato mi interlocutor, con una alegría desmesurada, me hizo saber su contento por haberlo tenido en cuenta para esta misión y comenzó a dar él también ideas acerca de más métodos posibles. Así fuimos anotando cada paso; haciendo un punteo que luego se transformó en un plan general. Esa misma noche salimos, munidos de blancos papeles, plumas y tinta china en una latita de paté, a conseguir bocetos para un posterior estudio.

ACTOR: Pero... ¿de dónde sacarían los bocetos? ¿Qué dibujarían?

DRAMATURGO *(Apasionado)*: El río... sus márgenes... su cuenca... El Santa Lucía nos daría las respuestas; solo debíamos recorrer esa zona desde el atardecer al amanecer... Actuar como actuaría Maldoror. Captar esa “presencia invisible” que nos aporta el río.

ACTOR: ¿Y cómo hicieron?

DRAMATURGO: Recorriamos el sendero de los amantes y los asesinos registrando cada cosa; dibujando los rostros de los cadáveres que encontrábamos a nuestro paso, ya sea el de aquel cuerpo que (obedeciendo a la ley del péndulo que destronó a la clepsidra y al reloj de arena, como dijo Hugo) se balanceaba tétricamente colgado de la palmera con forma de lechuga. O persiguiendo a aquella masa informe que huía encarnizadamente sin dejar una huella en el polvo.

ACTOR (*Moviendo la cabeza en señal de desencanto, y por lo bajo*): ¿Una masa informe que huía encarnizadamente?...

DRAMATURGO (*Más apasionado*): Sí; aquella masa informe huía encarnizadamente sin dejar una huella en el polvo. Parecía una migala de gran tamaño, o mejor aún, un elefante de cuatro trompas. Corría ridículamente calle abajo, hacia el río, donde la oscuridad pudiera esconder sus asquerosos miembros. Empuñando la pluma, las hojas y la tinta china en la latita de paté comenzamos a perseguir a la extraña figura, no sin antes saltar por encima del carnicero carneado que yacía al frente de su carnicería y de haber bosquejado el desfigurado rostro del occiso. Nos introdujimos luego en la oscuridad del bosque que ocultaba al repugnante ser y nos confundía a nosotros. El objeto que perseguíamos parecía no tener rostro: era una masa informe que huía encarnizadamente sin dejar una huella en el polvo.

ACTOR: ¿Una masa informe que huía encarnizadamente?...

DRAMATURGO: Cuatro trompas o cuatro brazos que revoloteaba en la oscuridad. No es de extrañar que el ignoto personaje luciera ridículo al extremo al atravesar calles, cunetas, caminos, bosques... Pero la naturaleza no se equivoca; no. Y si le ha dado cuatro miembros superiores a este ser, es para que pudiera cumplir con suma eficacia las tareas propias de su profesión. Cuatro brazos con cuatro manos tenía aquella masa informe, o parecía tener, cuando corría encarnizadamente: una mano sujetaba que no se le volara el quepis; una segunda, que el palote de amasar cabezas no se enredara entre sus piernas al hacer el movimiento pendular una contraria a la otra; la tercera mano era para aguantar el revólver en la canana (o para sacarlo, si las circunstancias así lo exigieran) y la cuarta era para llevar el producto de su robo. Pudimos ver su rostro; dibujamos su rostro.

Detuvimos nuestra marcha y vimos cómo, una masa informe huía encarnizadamente sin dejar una huella en el polvo; y aunque la hubiera dejado ya venían detrás otros efectivos que se encargaron de borrarla... ¡con cuatro manos!!!

ACTOR (*Para sí*): ¡Inverosímil... Existencialmente inverosímil!!! (*Dirigiéndose al dramaturgo*): ¿Y no les resultaba incómodo ir con los papeles y la tinta china en una latita de... atún?

DRAMATURGO: De paté... Paté de “foie gras”. Claro que se nos hacía difícil correr o sortear obstáculos, vadear ríos y arroyos, atravesar oscuros montes por la noche, cuidando de que la tinta china no se volcara de la latita de paté de “foie gras”.

ACTOR: ¿Y por qué no llevaban un simple lápiz de grafo o una moderna pluma estilográfica?

DRAMATURGO: Reconozco que he sido demasiado esquemático; pero pensé que la humanidad entera agradecería en un futuro mi proceder cuando hubiéramos logrado nuestro objetivo, pues pensaba que era muy difícil perpetuar los dibujos con otro producto que no fuera la “indeleble” tinta china cuya marca (que no quiero nombrar) ostenta en la etiqueta el ave acuática del orden de las palmípedas, de largo cuello que encoge al volar formando una “ese” y en cuyo pico grande y con un buche de asombrosa capacidad, almacena peces que pesca con prodigiosidad, o sea: el pelícano. (*Todo este parlamento lo dice haciendo ademanes en la descripción*).

ACTOR: ¿Y luego, qué hacían con esos bocetos y dibujos?

DRAMATURGO: Bocetos... bocetos que luego estudiábamos, a la luz de una pálida lamparita de 25 vatios, en la buhardilla de Max, no lejos del río, y con el vaivén de la melopea. (*Se balancea como borracho; luego continúa*): Solo nosotros dos trabajábamos a esas horas de la madrugada; y la paciente araña en el rincón del techo tejiendo cada noche la tela orbicular que era una trampa mortal para las presas que le servían de alimento. Sus glándulas sericígenas segregaban un líquido viscoso que se solidificaba al contacto con el aire. Pero la araña detenía su trabajo para observarnos trabajar a nosotros. ¡Cómo trabajábamos! ¡Cómo pensábamos! Estudiábamos cada boceto con atención, moviendo la cabeza en forma afirmativa o negativa, ya sea como signo de aprobación o rechazo a algún croquis.

ACTOR: ¿Y tomaban vino?

DRAMATURGO: ¡Sí, claro! No podríamos haber subsistido sin él. Además fue gracias al vino que logramos obtener el auténtico rostro de Isidoro.

ACTOR: ¿Cómo es eso?

DRAMATURGO: El poder del vino es maravilloso. Noche a noche partíamos a diversos lugares cercanos al río en busca de más bocetos. Sufriendo las inclemencias del tiempo; ya sea a pie o cabalgando por la ribera del Santa Lucía. El pampero azotándonos el rostro y haciendo revolar hacia atrás nuestros cabellos, metiéndose bajo nuestras capas que flameaban con elegancia. La lluvia que comenzaba poco a poco a golpearnos la cara, y debíamos abrocharnos los cuellos desprendidos para evitar que los agentes atmosféricos adversos aprovecharan esa ocasión para hacernos caer con una pulmonía o una simple gripe. Pero todo lo hacíamos con alegría: sabíamos que en la buhardilla nos esperaba el vino que calmaría nuestros males.

ACTOR: ...Y la araña.

DRAMATURGO: Y así llevábamos bocetos y más bocetos... El gesto de espanto del rostro del ahogado tirado al pozo abandonado en medio del campo, entre altas chircas que acariciaban los ijares de nuestras monturas. O aquel alarido de la vieja desdentada cruzando el río.

ACTOR: ¿La vieja cruzó el río?

DRAMATURGO: El grito.

ACTOR: ¿Dibujaron a la vieja desdentada gritando?

DRAMATURGO: ¡No; al alarido dibujamos!

ACTOR (*Mirando hacia el público*): ¡Inverosímil... Plásticamente inverosímil!!!

DRAMATURGO: ¡Qué alarido! Buscábamos sin encontrar. Parecía una jornada perdida... pero: ¡El

alarido!; un desgarrado grito proveniente de todas partes cruzó el río. Al oír esa larga queja emitida por tan prodigiosa garganta nos paralizamos de espanto; pero, utilizando nuestra maravillosa imaginación, logramos dibujar ese fenomenal alarido nocturno, esa magnífica demostración de potencia de los pulmones y de las cuerdas vocales de la ancianita.

ACTOR: Entonces, ¿dibujaron el alarido?...

DRAMATURGO: No era para menos... ¡Pobre viejecita! ¡Qué historia tan triste!

ACTOR: ¿la del grito?

DRAMATURGO: El grito fue la culminación de esa historia tan triste.

ACTOR: O sea, fue un “final con grito”. ¿Y cuál fue el desenlace que llevó a ese “final con grito”?

DRAMATURGO: La nota dejada por su entrañable compañía, en la que le anunciaba su repentino alejamiento.

ACTOR: ¡Caramba!... Algo habría hecho, entonces, la viejecita para que su esposo la abandonara así como así.

DRAMATURGO: No era su esposo.

ACTOR: Bueno..., su concubino.

DRAMATURGO: Tampoco era su “concubino”.

ACTOR: ¿Concubina?

DRAMATURGO: ¿Por qué piensa usted que tiene que ser hombre o mujer?

ACTOR: ¡Ah!... comprendo; el “tercer sexo” ¿era entonces un gay?

DRAMATURGO: No.

ACTOR (*Sorprendido*): ¿Qué otro ser pudo haberle dejado una nota? ¿Un extraterrestre?

DRAMATURGO: Más o menos... Un ser de la tierra, del agua y del aire. Ya lo he dicho: su entrañable compañero: un hermoso ejemplar Heteronetta Atricapilla.

ACTOR: ¡¿Lo qué?!!!

DRAMATURGO: Es una especie de pato salvaje.

ACTOR: ¡Inverosímil... Biológicamente inverosímil!!! ¿Y cómo pudo ese ejemplar... “silvestre” escribirle una nota?

DRAMATURGO: No se la escribió.

ACTOR: ¿Se la mandó escribir a un amanuense... a un escribiente?

DRAMATURGO: No era una nota escrita; era una nota con signos, símbolos.

ACTOR: ¿Pero en qué consistía esa nota?

DRAMATURGO: Muy simple: el plumífero compañero de la ancianita dejó encima del pequeño taburete, donde este animalillo acostumbraba sentarse para platicar con la vieja campesina, dos plumas en cruz.

ACTOR: ¿Y al verlas la viejecita comprendió de qué se trataba?

DRAMATURGO: Efectivamente.

ACTOR: ¡Inverosímil... Lingüísticamente inverosímil!!!

DRAMATURGO: Con la voz entrecortada por la tristeza y con la correspondiente deformación oral producida por la carencia de dientes, la anciana deletreó el significado de las plumas (*imitando la*

*voz de la vieja desdentada*): “Amada viejecita: he comprendido que soy un salvaje y temo por que esta condición pueda ocasionar en un futuro algún contratiempo. Vuelvo con mis semejantes. Nunca olvidaré la baba cayendo de tu boca” (*el Dramaturgo simula limpiarse la baba de su boca*), y firmaba: “El Salvaje”.

*(El Actor parece no entender nada. El Dramaturgo continúa hablando normalmente pero algo acongojado mientras hace el gesto de secarse lágrimas)*:

DRAMATURGO: Confieso que debo secar mis lágrimas antes de continuar con esta historia.

ACTOR: ¿No termina ahí la historia... con el grito?

DRAMATURGO: Sí, ahí fue cuando la dulce viejecita emitió tan admirable alarido que ha sido retenido para la eternidad en nuestros bocetos.

ACTOR: Entonces, ¿por qué dijo recién que debe secar sus lágrimas antes de continuar con esta historia?

DRAMATURGO: La historia va para adelante pero también va para atrás. ¿Acaso no quiere usted saber por qué el entrañable compañero, ese ejemplar...

ACTOR: Heteronetta Atricapilla...

DRAMATURGO: ...decidió abandonar a la viejecita?

ACTOR (*Resignado*): Claro... sí; sí que me interesa conocer. Casi diría que no podría vivir sin conocer esa parte de atrás de la historia.

DRAMATURGO: La desdentada anciana se encontraba sentada junto a la puerta de su choza; sobre sus rodillas tenía un repasador y encima del repasador algunas duras nueces (estoy hablando del fruto del nogal y no de la prominencia que forma el cartílago tiroides en la parte anterior del cuello del varón adulto); la viejecita, continuó, llevaba una a una, a su arrugada boca las nueces que tenía en el repasador encima de las rodillas y las partía con un fuerte golpe de quijadas. Al ver esto el

mencionado ejemplar Heteronetta Atricapilla *(lo dicen ambos)* abrió los ojos enormes, como nueces, o mejor aún, como cocos; abrió el pico todo lo que pudo, más, mucho más, hasta casi no formar ángulo la parte superior con la inferior (¡cuánto lo ha abierto!) y exclamó: “Caramba”; y con un profundo terror se alejó de la viejecita; salió fuera del rancho y se incorporó a una bandada de patos migratorios que en esos momentos surcaba el encapotado cielo.

*(El Actor va haciendo gestos y mímicas a medida que el Dramaturgo habla).*

ACTOR: “Caramba”... ¡Inverosímil... Dialógicamente inverosímil!!! ¿Y el vino? ¿Por qué dijo hace un rato que fue gracias al vino que lograron obtener el auténtico rostro de Isidoro?

DRAMATURGO: La primera vez que el vino actuó por sí solo y no a través de nosotros fue en una fría madrugada en la buhardilla: nos encontrábamos analizando los bocetos; estaban todos desparramados sobre la mesa, e iban quedando en la superficie de ese mar de papeles los dibujos que más nos interesaban... Y fue ahí cuando actuó el vino mejorando significativamente los bosquejos.

ACTOR: No comprendo. ¿De qué manera los mejoró?

DRAMATURGO: El vino se extendió por toda esa superficie impregnándolos, a los de arriba y a los de abajo y a los de más abajo, con su color... borra de vino.

ACTOR: ¿Pero por qué el vino los impregnó? ¿Cómo decidió actuar así?

DRAMATURGO: Solo la araña que tejía en el rincón del techo (por cuarta vez) su tela orbicular, podría decir qué fue lo que sucedió.

ACTOR: Pero la araña no está aquí para dar esa respuesta.

DRAMATURGO: La puedo dar yo.

ACTOR: Don Dramaturgo: acaba usted de decirme que solo la araña podría dar la respuesta.

DRAMATURGO: Yo lo sé por la araña. Un “vaso”, debido a un mal movimiento, se volcó sobre la mesa y ese mar de dibujos.

ACTOR: ¿Cuál vaso?

DRAMATURGO: El de la etiqueta de arvejas al natural.

ACTOR: El suyo.

DRAMATURGO: Correcto.

ACTOR: ¿Y qué hicieron cuando eso sucedió... aparte de agarrarse la cabeza?

DRAMATURGO: Observamos... simplemente observamos. Así pudimos ver que el vino comenzaba a mejorar nuestros bocetos. De cualquier manera estuvimos discutiendo acerca de la posibilidad de no tomar más vino cuando nos encontráramos trabajando.

ACTOR: ¿Y a qué resultado llegaron con respecto al vino?

DRAMATURGO: Fue ardua nuestra discusión, pues teníamos opiniones encontradas sobre si sería o no contraproducente seguir tomando vino mientras dibujábamos.

ACTOR: ¿Qué fue lo que resolvieron?

DRAMATURGO: Decidimos llevar el tema a votación.

*(Pausa).*

ACTOR: ¡Inverosímil... democráticamente inverosímil!!!

DRAMATURGO: Todo parecía andar bien... pero uno de los dos propuso que la votación fuera en forma secreta. El sufragio universal (¿sabe?). Eso enlenteció el trámite. Tuvimos que hacer papeletas: por Sí (que quería decir Sí a la moción de no tomar más vino cuando se dibujara), y de

No (que quería decir No a la moción de no tomar más vino cuando se dibujara). Una caja de zapatos vacía hizo las veces de urna, y el baño de cuarto secreto.

ACTOR: Supongo que con todo el vino que tomaban al entrar al “cuarto secreto” aprovecharían la oportunidad para orinar copiosamente. ¿No es así?

DRAMATURGO: Es verdad, cuando estimamos conveniente dimos por finalizada la hora de votación y acto seguido, escrutamos los votos. Abrimos la urna que contenía dos papeletas y muchas cagaditas de cucarachas... y ¡dos votos por NO! ¡Estallamos de alegría! Max corrió, escaleras abajo, a buscar más vino... y ambos amigos estuvimos festejando, durante toda la noche, el triunfo del vino sobre la abstinencia... ¡Esto es democracia... Canejo!!!

*(Silencio. El Actor permanece como paralizado con cara de asombro).*

ACTOR *(Señalando irónicamente hacia el suelo)*: ¿Y por qué no enviaron a “Sigfrido” a por el vino?

DRAMATURGO: Así fue como el vino comenzó, de alguna manera, por sí solo, a interceder entre Isidoro y nosotros para llegar a la verdad, esta que hoy comienza a desvelarse.

ACTOR *(Para sí)*: ¡Inverosímil... Comicialmente inverosímil!!! ¿Y cómo fueron las otras veces que “actuó” el vino intercediendo.

DRAMATURGO: La última vez, y la más importante, fue en la mesa junto al río, el día en que íbamos a dar por concluida nuestra investigación: con varios retratos terminados nos encaminamos al río en una agradable tarde otoñal. En la cantina junto al río íbamos a dar a conocer el auténtico rostro de Isidoro. Me emociono otra vez al contar esto. ¿No le sucede a usted lo mismo, estimado Actor? Caminábamos con varios dibujos cada uno bajo el brazo. ¡Qué elegancia al caminar! Los pobladores al vernos marchar tan decididos se apartaban de las destrozadas veredas y nos cedían el paso. El mundo entero esperaba lo mejor de nosotros. No necesitamos decir nada: el cantinero al vernos llegar nos alcanzó nuestra damajuana llena hasta el gollete y dos vasos (¡dos auténticos vasos de vidrio!). Orgullosos nos sentamos a la mesa de palos retorcidos junto al río. Los parroquianos, sujetando con sus rudas manos los tacos de billar apoyados en el piso como si fueran agresivas lanzas, nos observaban desde la cantina. Se había paralizado la vida en el pueblo, y tal

vez, en la historia; todo estaba expectante... ¡entregaríamos al porvenir el auténtico retrato de Isidoro!

ACTOR: ...Y el vino volvió a hacer lo suyo...

DRAMATURGO: Efectivamente. Habíamos seleccionado, después de haber escanciado innumerables veces el vino a nuestros vasos, un solo dibujo de entre los cientos que habíamos llevado. Lo retocamos un poco, pues habíamos llevado, como siempre, las plumas y la tinta china, esta vez en un práctico frasquito de medicamentos para evitar contratiempos (creo que era de un antifatulento).

ACTOR: Entonces... ¡plaf!... otro vaso derramado.

DRAMATURGO: Efectivamente. No puedo precisar con exactitud a quién pertenecía el vaso, pues, debo admitirlo, la total similitud entre ambos recipientes vítreos, y el efecto producido por el vino, hizo que no pudiéramos reconocerlo. Pero no importa mucho, porque al instante, mientras nos tomábamos las cabezas con las manos en señal de sorpresa, se volcó (de forma casi mágica), el segundo vaso.

ACTOR: ¡Caramba!

DRAMATURGO: Tratamos de salvar los dibujos... pero eso era un mar bordó. Y al igual que aquella noche en la buhardilla, ambos concluimos, haciendo un gesto de aprobación que únicamente he visto hacer a los hombres inteligentes, que el dibujo había quedado mejorado. Lo apartamos y lo guardamos en la carpeta; recogimos los restantes dibujos y bocetos y subimos la cuesta arenosa y pedregosa hacia la cantina. Allí adentro fuimos hacia la chimenea que, encendida, asaba una docena de chorizos caseros puestos en una improvisada parrilla... y ¡los arrojamos al fuego! Los parroquianos aplaudían. El fuego, voraz como un abismo, se tragó todo inmediatamente. Volvimos junto al río y con un único auténtico Rostro de Isidoro en alto volvimos a brindar.

ACTOR: Lo mantenían en alto para evitar otro chapuzón...

DRAMATURGO: Podría decirse que más bien era como forma de veneración y de triunfo. Luego

nos dirigimos hacia el embarcadero: uno con el dibujo en alto y el otro con la damajuana en alto (*levanta los brazos*). Subimos a un bote y zarpamos río abajo. Nuestra meta era llegar a la ciudad donde nació el “montevideoano” (como gustaba llamarse a sí mismo Isidoro) o sea: Montevideo. Lo haríamos navegando el Santa Lucía: llegaríamos al “hombre-mar” a través del “río-conocimiento”. De buen puerto, entonces, zarpamos los amigos; solo una nube, digamos que del orden de los cumulonimbus debido a su gran desarrollo vertical y aspecto oscuro, nos seguía sigilosamente.

ACTOR: ¿Ese fue entonces el resultado final de toda esa funambulesca investigación?

DRAMATURGO: No, de ninguna manera. Todavía faltaba lo principal.

ACTOR (*Para sí*): ¡No, por dios!... ¿¡todavía queda más!?

DRAMATURGO: Esparciendo la vista en torno nuestro; parado en el vértice de la proa, con el río Santa Lucía por delante, me dispuse a declamar, estando muy emocionado, las estrofas de mi himno a Lautréamont... *¡Yo te saludo, viejo río!...*

ACTOR (*Con temor*): ¿Es necesario que lo recite ahora?...

DRAMATURGO: Prescindiré de él... pero sí debo referir lo más importante de esta historia. Comencé a declamar mi himno a Lautréamont parado de la manera antes descrita y ya casi al final percibo un movimiento no conveniente en el bote. Giro mi cuerpo hacia Max que se encontraba remando fatigosamente.

*(El Dramaturgo gira y simula hablar con alguien; prosigue con mucha elocuencia):*

DRAMATURGO: “Max, rema con tranquilidad, por favor”, le digo; “¡no te rasques esa parte de tu cuerpo! No es que ello represente una blasfemia a quien dediqué mi himno; estoy parado en el vértice de la proa, de espaldas a ti, y tú, rascándote de esa manera la irritación producida por el acarus sarcopte haces balancear la embarcación de tal forma que: o yo perderé el equilibrio cayendo al agua, o lo que es peor, el bote dará vuelta campana poniendo en riesgo nuestras vidas y todo el trabajo que con tanta dedicación y tantos litros de vino hemos llevado adelante”... y... ¡Oh!...

ACTOR: ¿Qué sucedió entonces?

DRAMATURGO: La nube rugidora... vomitó un rayo... ¡Justo en ese preciso instante! El bote perdió terreno... es decir agua... No, no perdió agua: ganó agua. Nos hundíamos. Estábamos entre dos nadas.

ACTOR: ¿Qué sucedió... No había nadie para socorrerlos?

DRAMATURGO: En la orilla oeste del río un obeso pescador observaba cómo se hundía el bote; se rascó la cabeza, levantó la caña a modo de grúa haciendo salir del agua el hilo con el anzuelo atado al extremo inferior. Revoleó la caña y lanzó el anzuelo más lejos, una vez que hubo comprobado que aún estaba intacta la lombriz bizca que había puesto de carnada.

ACTOR: ¿Y nadie escuchó tampoco la declamación del himno a Lautréamont?

DRAMATURGO: Fueron testigos del himno: Max, el obeso pescador, los tábanos que nos rondaban y un gato con diarrea que no pudo escapar de la orilla este del río.

ACTOR (*Con signos de total intriga*): ¿Pero qué pasó con el dibujo, con el auténtico rostro de Isidoro?

DRAMATURGO: Hasta ese momento no era todavía “el auténtico rostro de Isidoro”.

ACTOR: ¿No había dicho que sí lo era?

DRAMATURGO: Con una mano en alto, sosteniendo el dibujo, nadaba con dificultad los diez o quince metros que nos separaban de la orilla este...

ACTOR: ¿En el lugar donde se encontraba el gato haciendo sus necesidades?

DRAMATURGO: ...no podía voltearme para ver qué sucedía con Max; solo esperaba que supiera resolver por sí mismo la situación. Lo más importante era salvaguardar el retrato de Isidoro, el cual a pesar de mi asombrosa rapidez para preservarlo de las aguas, sufrió una gran mojadura y por eso

chorreaba lágrimas de tinta. Nadaba con mucha dificultad (ya lo he dicho) sosteniendo en alto el rostro de Isidoro.

ACTOR: ¡Caramba! ¿Y al vino nadie lo salvó?

DRAMATURGO: “Cuando llegue a la orilla dejaré el dibujo a buen reparo y volveré a las aguas a rescatar a Max”, pensé.

ACTOR: ...Y al vino...

DRAMATURGO: Veía chorrear lágrimas de tinta del dibujo. ¡Tanto trabajo!, ¡tantos litros de vino! Llegué a la orilla y giré para ver si mi amigo me había seguido. Y ahí lo vi venir caminando, lento pero seguro, con el agua por la cintura y con la damajuana de vino al hombro.

ACTOR: ¡Menos mal que salvaron el vino!... ¿Era llano el río por ahí?

DRAMATURGO: Efectivamente. Un metro es la profundidad del Santa Lucía en esa zona, razón por la cual, debo admitirlo, nadaba con dificultad: es mejor nadar en lo hondo que en lo llano. Esto deberán aprenderlo todos.

ACTOR: Lo tendré siempre en cuenta.

DRAMATURGO: Pero a todo esto el dibujo continuaba chorreando lágrimas de tinta. Lo pusimos horizontalmente sobre el pasto, lejos del excremento del gato antes mencionado. Pero algo sucedía: “¡observa, Max!”, le dije emocionado; ¡observa!... tú también, estimado Actor...

*(El actor mira hacia todos lados confundido).*

DRAMATURGO *(Muy apasionado)*: ¡Observa querido Actor! Tú que has seguido, palabra por palabra, esta noble historia que será digna de ser contada eternamente: tú se la contarás a tus hijos y ellos a tus nietos y dirás y dirán que tú la has vivido, pues contigo es con quien la he compartido... Tú que has seguido esta historia... ¡Observa!

ACTOR: *(Confundido, mirando hacia todos lados)*: Sí, sí... ¿Qué es lo que debo observar?

DRAMATURGO (*Con creciente pasión y sobreactuando*): ¡Observa, observa Max!: ¡observa!: el dibujo que han formado los sucesivos derrames del vino ¡es lo único que ha perdurado! ¡Caramba!... la “indeleble” tinta china sucumbió al poder de los ácidos que contaminan el río, pero estos ácidos no han podido diluir los componentes químicos del vino tinto. ¡Asombroso! ¡Lo sabía! ¡Sabía del poder del vino! ¡Observa, Max!... ¡observa tú también, amable Actor, este milagro!... (*Dirigiéndose al público*): ¡Observa tú también, querido espectador! (*El Dramaturgo habla y gesticula apasionadamente mirando al ausente Max, al Actor y al público*).

DRAMATURGO (*Mirando hacia el suelo y señalando*): Vean cómo el vino aclara y oscurece en la blanca cartulina mientras va formando... va formando... (la piel se me eriza) ¡un rostro!...: ¡EL ROSTRO DE ISIDORO!

(*El Actor permanece petrificado en silencio*).

DRAMATURGO (*Poniendo delante del Actor el espejo le dice*): ¡EL ROSTRO DE ISIDORO!

ACTOR (*Continúa petrificado ante el Dramaturgo y, dirigiéndose al público*): ¡Inverosímil, Artísticamente inverosímil!!!

DRAMATURGO (*Gira el espejo hacia el público y haciendo un paneo exclama*): ¡EL ROSTRO DE ISIDORO! (*Luego se observa él mismo en el espejo y vuelve a exclamar*): ¡EL ROSTRO DE ISIDORO!

(*Silencio*).

DRAMATURGO (*Yendo hacia la mesa y señalando los papeles*): Hasta la semana que viene... Volveré la entrante semana. (*Se aleja por donde llegó con el espejo bajo el brazo*).

(*El Actor gira en redondo una, dos veces, observando todo; se dirige con cansancio hacia la mesa; coloca la silla de frente a la mesa y al público; se sienta despacio, como abatido. Pasa el pulgar derecho por el montón de hojas, de abajo arriba; luego, sacando la última hoja, lee*):

ACTOR: Y así termina esta fabulosa historia. He aquí la verdad de cómo logré poseer el auténtico retrato de Isidoro. El que quiera creer, que crea; el que no, que continúe tomando vino tinto y dibujándose por dentro innumerables rostros indelebles.

*(Baja la luz hasta quedar en la oscuridad total).*

**FIN**